

Riesgos del síndrome de abstinencia

—¿Seguro que quieres hacerlo?

Dumbo y Luis se están disfrazando respectivamente de Melchor y Gaspar, sentados en un banco público.

—Sí.

—Después de lo ocurrido no tienes que considerarlo una obligación —insiste el payaso—. No hay ningún compromiso. Puedes dejarlo, si quieres.

—Prefiero continuar.

—En ese caso —añade con su dedo índice extendido—, es esencial que sepas unas cuantas cosas.

—Tu dirás.

Dumbo mira hacia un lado y otro, como quien necesita un grado supremo de intimidad para seguir hablando. Da la impresión de que va a revelar el lugar exacto donde se encuentra el santo grial.

—Las calles estarán abarrotadas de gente en ambas aceras —explica muy serio—. La cabalgata circulará por el medio de la calzada, así que es fundamental que mires y saludes a ambos lados, ¿comprendes?

Luis apoya la cabeza en su mano izquierda, lo que provoca que se le caiga la corona al suelo.

—Oye —protesta—, estoy destrozado anímicamente pero no soy idiota.

—No —dice Dumbo mientras le ayuda a recolocarse la

corona—, insisto, Luis. Debo hacerlo. Un fallo podría ser fatal. Si un solo niño se queda sin tu saludo habremos fracasado por completo.

Luis arruga el entrecejo.

—No exageres —dice—. Desde donde los niños miran apenas se nos verá.

—Te equivocas —Dumbo es tajante—, se ve perfectamente. Los niños se fijan en todos tus gestos. La cabalgata avanza despacio y eso facilita la observación. Es primordial que dividas la calle en pequeños tramos y vayas girándote a derecha e izquierda continuamente, barriendo las aceras con tu mirada, sin dejarte ni un centímetro. ¿Está claro?

Gaspar se pone en pie y abre los brazos.

—Está clarísimo —dice—, pero no comprendo por qué te preocupas tanto.

—Luis —replica Melchor—, ¿tú ibas a la cabalgata cuando eras pequeño?

—Yo vivía en un pueblo y allí no había cabalgatas.

Melchor asiente con la cabeza, como quien encaja la última pieza de un puzle.

—Yo iba siempre —confiesa—, hasta que un año ninguno de los tres Reyes Magos me devolvió el saludo. Grité y agité mis brazos como un loco tratando de llamar su atención, pero ninguno me miró. Nunca más volví.

Gaspar se levanta y posa su mano derecha en el hombro izquierdo de su amigo.

—Entonces mi primera mirada será para ti.

—Gracias.

—No me lo agradezcas y hazme un favor —le pide negando con la cabeza—. Necesito que después de la cabalgata me acompañes a una cita.

—Cuenta con ello.

[...]

—Gaspar, Gaspar —uno de ellos le increpa con insistencia tirando de su capa.

Luis no sabe si detenerse a responder o hacerse el monarca sueco.

—Majestad —insiste el pequeño—, mi hermana no se cree que eres mi padre.

Valle y Everest lo miran desde sus respectivas estatuas, con los ojos muy abiertos, como dos búhos. Luis se agacha. Carraspea y se atusa la barba. Duda entre imponer la voz o usar la suya.

—¿Es eso cierto? —dice impostándola.

—Lo siento, pero así es —Valle pronuncia las palabras con mucha prudencia, consciente de que pueden ofenderle—. Se lo llevo diciendo a mi hermano todo el día y no me hace caso, así que hemos decidido venir a comprobarlo personalmente. Supongo que usted sabrá mejor que nadie el peligro que entraña confundir la mente de un niño de cinco años, justo cuando su personalidad se está formando, sus neuronas desarrollan sus múltiples conexiones y su memoria comienza a registrar sus primeros recuerdos.

Luis vacila una vez más. No sabe si hacer caso a su sentido del deber y descubrirse ante sus hijos o seguir el dictado de su instinto y salirse por la tangente.

—Vaya, vaya —logra decir—. Qué tenemos aquí: una escéptica.

—No es que no crea en los Reyes Magos —se excusa Valle—. No me malinterprete. El problema es que mi hermano cree que usted es su padre, bueno, su padre y mi padrastro, ¿sabe?

—Lo sé, Valle.

La niña da un paso hacia atrás y se lleva una mano a la boca.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Cómo no voy a saberlo, si soy el Rey Gaspar —Luis se siente en plenitud, como si de pronto hubiera descubierto que tiene poderes sobrenaturales—. También sé que este año has pedido un estuche de pinceles y óleos, un juego de ajedrez para tu consola, tres libros y unas zapatillas de deporte.

—Es increíble.

Valle está asombrada, casi sin habla, pero no lo suficiente para ignorar que los postizos del disfraz real están comenzando a ceder.

—¿Puedo quitarle las barbas? —pregunta acercando una mano temblorosa al rostro de Gaspar.

—Adelante —concede éste.

Y procede a desenmascararlo.

—Papá —exclama.

—Ya te lo dije —dice entonces Everest exultante de felicidad.

—Ya te lo dije, ya te lo dije —repite con fastidio el muchacho a uno de sus dos secuaces, los tres camuflados tras unos atestados contenedores de basuras—. ¿Eso es todo lo que sabes decir?

—No va a venir.

—Sí va a hacerlo. No olvides que hemos cobrado por anticipado.

—No viene ni de coña.

—Ten paciencia. No es la primera vez que hacemos esto. En ese momento se oye el eco de unos pasos.

—Callad —dice uno de ellos—. Viene alguien.

—Es él.

Luis hace acto de presencia por la primera bocacalle. Se detiene para comprobar a qué altura de la calle se encuentra y se dirige hacia los contenedores.

—Pero ¿de qué coño va vestido?

—Joder, tíos, si es un Rey Mago.

Luis sigue aproximándose.

—Eh, tú —el cabecilla se dirige a él sin ninguna reverencia—. Quédate donde estás.

El eco de los pasos enmudece.

—¿Tenéis la mercancía? —pregunta Luis.

—¿Has venido solo?

—¿No lo veis? —responde abriendo los brazos—. ¿Y la mercancía? Yo he pagado religiosamente.

—Ahí va.

Le lanzan una bolsa de plástico. Luis la coge al vuelo y sopesa su contenido en la oscuridad, debatiéndose entre la incredulidad y la decepción.

—¿Éstas son las célebres pirulas?

—¿De qué vas? —le increpa uno de los jóvenes—. ¿Es la primera vez que las compras?

—Por internet sí, debo admitirlo —confiesa Luis, tratando de relajar la tensión del encuentro—. Necesito saber una cosa.

—Éste es de la pasma. Larguémonos.

El monarca abre los brazos de nuevo, esta vez en señal de franqueza.

—No soy un poli —dice—. Soy un Rey Mago.

El único eco que se oye ahora es el del silencio.

—¿Qué quieres saber?

—Sólo me preguntaba por qué demonios me habéis citado en una noche como ésta.